

SILUETA MORAL DE O'HIGGINS

por

GUILLERMO FELIU CRUZ

Conferencia pronunciada en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, el 24 de Octubre de 1942, con motivo del centenario de la muerte de O'Higgins.

A la distancia de cien años de la muerte del fundador de la República de Chile, el General Bernardo O'Higgins, las pasiones que desató su obra revolucionaria, su acción de soldado, de legislador y de estadista, han perdido todo su ímpetu, y se han desvanecido para dar paso a un juicio sereno.

Ese juicio ya está escrito en el libro de la Historia.

O'Higgins, el constructor de una nacionalidad americana, sirvió esta causa con máxima devoción, y todo lo dió por ella: comodidad, fortuna y bienestar. En su memoria, las palabras del General Miranda tuvieron siempre en O'Higgins una gran fuerza moral, y fueron como el impulso animador



Don BERNARDO O'HIGGINS

que se ha comprado el Puello con guiso de las
Ciudadanas D. Juan Garcia D. Bernardo Arce
y D. Joseph Constantino Pimpinosa, publicanos
y asesores. Dado en Lima a veintiocho de Mayo
de mil ochocientos veintinueve -

Bernardo Higgins

Juan de Caceres

Caro Sr. que hoy se viene a vender a Lima el primer
año de mil ochocientos veintinueve y tres, publico por
mi propia persona con fe correspondiente a la
Real Cedula de S. M. de 17 de Mayo de 1763 y tambien la
otra que se dio en esta Plaza nueva y nueva
legua, para que se vendan en esta Plaza el
libro, y p. de compra de la misma -

Joseph Diaz

documentos que vagaban en el aparato administrativo interno.

No hay clases de sacrificios reservados, al que profiera el
 Martirio y la Muerte, en una vergonzosa esclavitud. La li-
 bertad y la Independencia de la Coroa Española, no pueden com-
 versarse, sino es sacrificando nuestros vidas y fortunas, en una
 noble resolución: la mia se ha consumido en el templo sagrado
 de nuestra libertad, igual suerte ha seguido la de mi familia,
 sin esperar por esto mas recompensa que la gratitud comun
 al sacrificio. Aun quedan cinco setenta y tres Marcos tres onzas
 y dos adones de plata labrada, una propiedad de los generosos
 Patriotas, ellos quieren que se amoneite p.^a el abate de los Hermanos
 de S.^tto. del Ind. y q.^o orden se restitucion quando las circuns-
 tancias sean menos apuradas; en su virtud haran V. V. el
 favor de darme efecto a esta resolución.

Dada en S.^to. a V. V. n.^o L. a S. Palacio Directorial en
 Santiago Diciembre 3.^o de 1812.

Bernardo O'Higgins

J. J. Miron. Al Tesoro Publico.

Documento inédito. El demuestra la trágica realidad económica del prócer.

de su obra concebida por espontánea voluntad, pero indirectamente dirigida por caudillos que se impusieron siempre a su carácter sencillo, dócil y sin pretensiones. Las palabras del General Miranda resuenan en sus oídos como una profecía. "Los obstáculos para servir a vuestro país — le había dicho en Londres ese iluminado de la causa de la emancipación americana — son tan numerosos, tan formidables, tan invencibles, que sólo el más ardiente amor por vuestra patria podría sosteneros en vuestros esfuerzos por su felicidad". Ninguno de esos supremos esfuerzos eran nada para el futuro padre de la patria.

Estaba hecho para la adversidad, para sentir el dolor.

Ni siquiera se le permitió conocer las ternuras maternas en el período de la infancia; más tarde, en la adolescencia, sería un huérfano en países extraños, en las ciudades de Cádiz y de Londres.

Aquí y allí, se le desgarran el corazón de pena, de hondas tristezas.

Entregado a un comerciante chileno y luego a unos judíos relojeros londinenses, no hay amargura que no sufra, no hay vejación que no experimente, no hay dolor que no sienta.

Son esos dolores morales, que hacen sucumbir la voluntad, los que lo muerden. En lo íntimo de su corazón, el buen O'Higgins, que firma entonces con el nombre de Bernardo Riquelme, lleva la más cruel y sangrante de las heridas: no sabe nada de su madre, y su padre — un egoísta sin sentimiento, pero con las superiores condiciones de un estadista — ni siquiera se digna contestarle sus cartas, en las cuales expresa sus tremendas desventuras. Tres cosas lo reconfortan: su amor a la tierra que lo vio nacer — su Arauco, como él dirá —; su afición a la música y su gusto por el dibujo. Así mata su tedio. Es entonces un joven modesto, pero digno, contraído a sus labores de estudiante.

Todas estas desgracias morales le van a dar la fortaleza necesaria para luchar en los grandes días que se avecinan. Miranda ha dejado en su espíritu una huella imborrable. Ya queda trazado entonces su plan de conducta. Hijo de un potentado, de un gran Virrey, la libertad de su Patria y de la América se le presentan como una ley imperiosa. Contra España luchará sin tregua.

En esta batalla va a consumir toda su hacienda. Ya en el gobierno dirá estas frases en un documento, que por primera vez se da a conocer. Es necesario leerlo porque de él fluye la personalidad moral del héroe. Dice así: "No hay clase de sacrificio reservado al que prefiere el martirio y la muerte a una vergonzosa esclavitud. La libertad y la independencia de la cruel España, no pueden conservarse, si no es dedicando nuestras vidas y fortunas a tan noble resolución: la mía se ha consumido en el templo augusto de nuestra libertad; igual suerte ha seguido la de mi familia, sin exigir por esto más recompensa que la gratitud común al sacrificio. Aún quedan ciento sesenta y tres marcos y doce adarmes de plata labrada, única propiedad de estas generosas patriotas; ellas quieren que se amonedé para el alivio de los guerreros del Ejército del Sud, y yo ordeno su retribución cuando las circunstancias sean menos apuradas; en su virtud harán US. se lleve a efecto esta resolución. Dios guarde a US., Palacio Dictatorial, en Santiago, Diciembre 3 de 1819.—Señores Ministros del Tesoro Público".

De puño y letra del General O'Higgins.

En las guerras de la Independencia, durante la Patria Vieja, su hacienda de Las Canteras, en Los Angeles, fué asaltada; perdió allí tres mil cabezas de ganado vacuno, lo que constituía una parte de la fortuna que le había legado su señor padre, el Virrey; su madre y su hermana fueron tomadas prisioneras en Chillán, que representaban para él el cariño idolatrado de su alma.

Nada lo hace cambiar de punto de vista. Su decisión es irrevocable: la independencia de Chile deberá conseguirse a cualquier precio. Cede ante la presión política y social del Gobierno de 1814, y firma los pactos de Lircay, que no eran otra cosa que la negación de la gran idea por la cual se ha batido en cien combates. Sin tener un carácter demasiado firme, desconfiado de sí mismo, concediendo a otros condiciones que exagera, O'Higgins es fácil para entregarse al halago del afecto, de las inteligencias brillantes, deslumbradoras. Cuando se inicia en la vida pública, son el General Mackenna y Juan Martínez de Rozas quienes le sirven de consejeros; Carrera tendrá en su ánimo, a veces, considerable influencia; San Martín, su gran amigo, pesará en su voluntad; la sugestión y la amistad de Rodríguez Aldea lo llevarán al fracaso de su gobierno. Una cosa queda en pie en esta silueta moral del héroe: su lealtad y su espíritu magnánimo.

Acusan los rasgos de su personalidad otra gran condición: es su valor personal que a veces se transforma en heroísmo. Cuando el General Pareja invade el sur y se apodera de Concepción, O'Higgins salva las milicias de La Laja y con ellas se constituye el Primer Ejército Nacional. Después, el héroe brilla en el Roble, en el Membrillar y en la gesta magnífica de Rancagua.

Las pasiones desatadas, como en un huracán, lo mueven nerviosamente antes de Rancagua. Marcha resuelto a la guerra civil en momentos trágicos, encendido por el odio a su rival —¿se le puede llamar así?— el General Carrera. Pero cuando el peligro es inminente para la Patria, depone las armas, pacta la unión de la familia chilena y va a encerrarse en una plaza donde la consigna es la victoria o la muerte. A filo de sable, saltando barricadas, se abre paso entre el ejército sitiador.

Todo estaba perdido entonces, menos su voluntad de acero, su única doctrina, la independencia de su tierra, de este Arauco que él siente con amor, con cariño enternecido.

Horas tristes del destierro... En Mendoza, su madre y hermana, para ganarse el más modesto pan, liaron cigarrillos. O'Higgins comienza entonces sus entrevistas con el que habrá de ser el mejor amigo de su vida, el Coronel José de San Martín. Era San Martín un hombre reservado y calculador, discreto, ecuánime y ponderado; cuando conoció a O'Higgins en las laderas de los Andes, vió en él un alma sana, bondadosa y hasta sumisa, sin ambiciones personales. La modestia lo destacaba frente a la actitud altanera de su rival, el General Carrera, de larga, vieja y espléndida prosapia aristocrática. A esos dos caudillos los unía el mismo ideal redentor; pero uno quería mantener en tierra extraña el prestigio de un gobierno que no era más que una sombra de poder, y seguir en la defensa de su patria con recursos inverosímiles; el otro buscaba la ayuda de ese Coronel, Intendente de Cuyo, que parecía un hombre sereno y pensador. Los odios, por otra parte, distancia-

ban a Carrera de O'Higgins. Estallaron cuando supo que su viejo amigo, el amigo de su padre, el General Mackenna, había caído en un duelo con Luis Carrera.

Vinieron las horas febriles de la organización del Ejército de los Andes. Fueron días de trabajo intenso: apenas despuntaba el sol, O'Higgins estaba adiestrando la tropa en el Campamento de "El Plumerillo"; cuando el sol se entraba, iba a las oficinas del Ejército a continuar su tarea en los negocios administrativos, con Zenteno. Un día — el hecho es absolutamente histórico — no pudo presentarse a la Intendencia. Carecía de traje digno. Su pobreza rayaba casi en la miseria. Su amigo San Martín vino en su ayuda. Le aligeró el paso con una pequeña pensión. O'Higgins la rehusó y la dió para que sirviera al Ejército Libertador.

En Chacabuco no sabe contener su ardor patriótico y compromete la acción guerrera que salva su heroísmo, la carga famosa de sus granaderos con él a la cabeza. Muchos años más tarde, en una carta escrita a Juan Egaña, recordará su conducta. Dirá que los sufrimientos de sus compatriotas, los suyos personales, los de su familia, el ver a la Patria humillada, esclavizada por un gobierno tiránico, el deseo de vengar ofensas, lo lanzaron en la aventura gloriosa coronada por el más feliz de los éxitos. Otra vez quiere ofrecer su vida por su pueblo. La muerte pareció que cabalgaba a su lado en ese instante.

Director Supremo. Al tomar el mando del nuevo Estado, recibe un montón de escombros. Todo está deshecho. La agricultura en ruinas; la industria perturbada; la organización social rota en dos tendencias: la patriota y la realista; el orden moral y religioso quebrado en esas mismas dos tendencias; un grupo de hombres tímidos — los eternos indecisos — esperan. No hay con qué pagar el Ejército ni la administración. El bandidaje ha cundido en los campos. El trabajo productor se ha resentido: el campesino se ha ido a incorporar a las huestes libertadoras; el artesano y el obrero de la ciudad han hecho lo mismo.

Parecía que de esos escombros, de que iba a surgir Chile, nada valía.

Hé aquí que la voluntad del vencedor de Chacabuco se sobrepone a la miseria, a la angustia, a esa ruina. Y como cegado por el ideal de su vida, en medio de estos atroces quebrantos, da los pasos para organizar la administración y, en una audaz resolución, concibe la creación de la Escuadra Libertadora, primero con el Almirante Blanco Encalada y en seguida con Lord Cochrane.

Ha realizado un milagro.

Hasta las mujeres entregan sus joyas. No le basta el dominio del mar. Después de Maipú precipita los acontecimientos. Es necesario ir al Perú a terminar con la dominación española. Le extiende a San Martín los despachos de Capitán General del Ejército de Chile, le da a los oficiales argentinos títulos y graduaciones dentro del escalafón nacional; apresta barcos, y el 20 de Agosto de 1820, el día de su natalicio, las velas de esos buques, al soplo de las brisas del Pacífico, se alejan al Callao.

¡Momento supremo de su gloria! Todavía su brazo, después de Cancha Rayada y de Maipú, está inmóvil. La fiebre física ha reemplazado a esta fiebre moral. Es ahora el soldado de Chile, el estadista de Chile, el héroe de Chile. La uniformidad de su patriotismo es invariable; su doctrinarismo de-

mocrático no sabe ceder. Pisotea los títulos de nobleza y los prohíbe; intenta abatir los mayorazgos; pone en jaque a la iglesia sublevada y realista; funda escuelas; quiere que el pueblo mejore sus costumbres y salga de su abyección.

Se convierte en un reformista, en un déspota ilustrado.

Magnífico momento es este también de su vida.

Pero se van acumulando sombras, y son sombras de sangre. Han caído Juan José y Luis Carrera en el patíbulo de Mendoza, sin que el Director Supremo ni San Martín fueran autores de ese crimen; después de una tenebrosa sesión de la Logia Lautarina, cae asesinado Manuel Rodríguez en un campo abierto y despoblado; en 1821, José Miguel Carrera es fusilado en Mendoza. El cuadro es trágico. La omnipotencia y el cesarismo del héroe le conquistan mal ambiente. La Carta de 1818 establecía un Senado Conservador, cuya única función era velar por la ley. O'Higgins termina mal con ese cuerpo. Después sigue la Constitución de 1822, que prolongaba su mandato. Había cansancio y el país, la clase dirigente, no querían la perpetuación de una dictadura. Luego el fracaso de la Escuadra Libertadora, las disputas entre San Martín y Cochrane, algunas injustas prisiones, le fueron restando al héroe simpatías.

Estaba al borde de su caída. Supo desprenderse del mando sin odios ni pasiones en una tarde del 28 de Enero de 1823. ¿Qué dejaba? Un país, una raza y, con su ejemplo, el más grande acto de civismo. Ese hombre que supo desprenderse de las insignias del poder sin un resentimiento, sin una queja, con orgullo romano, había declarado la Independencia de Chile el 12 de Febrero de 1818.

Y ahora va camino del destierro. Son diecinueve años los que pasa en el exilio. Día a día recordó a su Patria. No tuvo la suerte de ver el decreto que lo rehabilitaba en su grado de Capitán General del Ejército de Chile, y, cuando se disponía a volver a su tierra, el corazón falló. Las impresiones de las campañas de la Independencia, el ejercicio del poder discrecional, la impetuosidad de su alma sensible, doblaron ese noble nervio que sólo tuvo un miraje: Chile.

A las once y media de un día como hoy, volaba su alma hacia la eternidad. Demacrado y pálido, encima de su modesto lecho, lo que quedaba del General O'Higgins era su frágil envoltura corporal, enjuta y deshecha, por una dura y cruel enfermedad. El alma suya había caminado hacia la eternidad en trance de glorificación para ser el Padre de esta tierra generosa.

La historia lo ha consagrado en sus páginas.

He dicho.

G. F. C.